

ALEJANDRO  
WALL

GASTÓN  
EDUL

# ★ ★ LA ★ ★ TERCERA

Desde adentro y desde afuera, la historia  
de cómo la Argentina y Messi  
ganaron la Copa del Mundo en Qatar

INCLUYE  
PÓSTER  
DE LOS  
CAMPEONES



Planeta

12.

Ahora sí, se juega la final del mundo, y a los dos minutos y quince segundos Messi busca a Di María por la izquierda. El secreto mejor guardado de Scaloni y Aimar está ahí. A la espalda de Koundé, que nació central y entonces tiene una tendencia a cerrarse. Es un impuro para el puesto. Scaloni lo sabía, conoce el puesto porque fue lateral derecho, y entonces también sabía que si Di María jugaba por su costado habitual, por el lado de Theo Hernández, iba a tener que retroceder. En esa zona, además, Francia lo tiene a Mbappé, el plan a ejecutar ahí es otro. En cambio, por donde va Di María está Koundé, que tiene problemas para defender a sus espaldas, y también está Dembelé, que no suele ayudar en la defensa.

A los tres minutos y cincuenta y ocho segundos, Cuti lo vuelve a buscar a Di María con una

pelota larga. Entran en la pantalla Tagliafico y Alexis, que hace el trabajo entre líneas, el juego interno de la Argentina. Un minuto después el que lo busca a Di María es De Paul. Todos saben que es por ahí, Scaloni se los dijo antes de subir al micro, cumplió con su sistema de mensajes encriptados. Durante los días previos se encargó de desorientar al rival probando una supuesta línea de cinco. Línea de cinco o Di María, línea de cinco o Di María, línea de cinco o Di María. La ejecución era importante, tanto como que fuera una sorpresa. Cuando una hora antes toda la prensa ya sabía que jugaría Di María, la cuestión era por dónde iba a jugar y eso solo se supo cuando a las 18 horas de Qatar, con el conteo habitual, el 3, 2, 1, Di María ya se había parado para ir sobre Koundé.

La Argentina fue un equipo programado para atacar el lateral derecho francés. Y así lo busca Messi otra vez y Di María logra conectar el primer centro al área de Hugo Lloris. En el minuto diez es el momento de cantar por Diego, de recordarlo como en cada partido de la Argentina, y a los once minutos con cincuenta segundos es el momento en el que Messi vuelve a insistir con Di María. Así va a ser. ¿Y de Mbappé quién se encarga? De Mbappé se encargan Molina y De Paul en un trabajo de pinzas pre-

cioso. Entre los dos lo secuestran. A Mbappé no le llega la pelota.

Pero De Paul no está en esa nada más, su trabajo es titánico. Está en defensa, está en ataque. Con sus medias cubriéndole la canillera, dejándole una parte de las piernas descubierta, presiona arriba, roba pelotas a lo guapo, se las entrega a Messi, es siempre opción de pase. Su figura es enorme. Su figura también es la 10, empezó como enganche, en Racing, en el Predio Tita Matiussi. Siguió en Valencia, tuvo un regreso a Racing pero su vuelta a Udinese lo disparó como el jugador que es. Había empezado mal con Arabia Saudita, había llorado con una lesión que lo angustió, vio cómo el mediocampo con el que jugaba cambiaba y ahora tenía a dos compañeros nuevos, Enzo y Alexis, los inesperados que se comían la cancha mientras él crecía en silencio. Ahora tiene en la final una tarea compleja, desactivar al monstruo de Francia sin dejar de ir al ataque. Con Molina se alternan, se hablan, se miran, necesitan mucha concentración.

¿Y por dónde sigue todo? Por la izquierda, con Di María.

En un momento hay un tiro libre de Francia que lanza Antoine Griezmann, como de costumbre, y que intenta conectar Olivier Giroud. Pero no pasa nada. Así que Dibu Martínez se la da

por abajo a Cuti Romero y comienza una jugada que podría ser intrascendente, una más de cualquier partido en la que la pelota se mueve de un lado al otro. Pero la mueve la Argentina. Así que la intrascendencia se convierte en tormenta. Son treinta y un toques desde que sale de Dibu. Uno de ellos lo dará Giroud, es cierto, cuando intenta robársela a Enzo y lo que termina haciendo es pasársela a Alexis. Entonces viene lo mejor. Son treinta y un toques y los últimos dos son de Alexis, que juega con Julián, que abre rápido para la izquierda. Es una belleza lo que hace porque no duda, sabe que ahí va a estar Di María. No solo está sino que encara como lo indica la mejor tradición de los wines, lo encara a Dembelé, que lo espera y se debe haber preguntado por qué le tocó esa, por qué ahí no estaba Koundé, que está más atrás. Dembelé lo toca, Fideo cae y el polaco Szymon Marciniak cobra penal.

Messi le pega bajo, cruzado, pero lo extraordinario ocurre en la espera porque cuando lo hace, Lloris ya había elegido su lado izquierdo y entonces no tiene forma de echar el tiempo atrás. Es gol de Messi, primero en una final del mundo, y el primero de un jugador argentino en una final del mundo desde que Burruchaga le hizo su gol a los alemanes en 1986. Ya se sabe cómo había terminado la final en Brasil 2014. Messi corre a festejar,

ya con su cara de Messi maduro, y se tira como un rey, se lanza de costado en el campo de juego.

Deschamps discute con Guy Stéphan, su colaborador, lo hacen con preocupación. Porque el dominio argentino continuaba. Francia había sido hasta ahí un equipo que siempre resolvía los partidos con sus individuales, juego directo, la apuesta a la velocidad y el talento de Mbappé, que parece mezclar dos deportes, el atletismo con el fútbol. Pero en partidos anteriores Mbappé no había sido la clave, sino la manija de Griezmann y la potencia de Giroud en el área. Inglaterra en cuartos y Marruecos en semifinales lo habían complicado, pero Francia tuvo demasiada facilidad para el gol en ambos partidos y así los sacó adelante. Por eso era temible y por eso lo que decidió hoy Scaloni es de una valentía que solo se tiene cuando hay convicciones. Este equipo las tiene, el cuerpo técnico también. Su audacia lo demuestra. Scaloni cumplió, además, con algo que había dicho antes del Mundial. Había salido a atacar, pero sabía defenderse. Porque lo que se ve es Di María, pero es clave lo que la defensa argentina hace. Si Francia no está en la cancha, no es porque haya tenido un mal día, es mérito de la selección.

Treinta y cinco minutos del partido, Francia saca un lateral. Todavía está inmersa en el des-

concierto. Molina había tenido una mala salida, solo eso. El lateral va hacia Mbappé y Cuti le pone el cuerpo para que no entre cómodo al área, sobre la derecha argentina. Molina se reconstruye, lo cierra y se la da a Dibu para que la saque. Hacía diez minutos que Scaloni no daba indicaciones, tampoco se sentaba a charlar con Aimar, que seguía conectado a los auriculares, a lo que pudiera decirle por ahí Matías Manna. Pero cuando el rechazo de Dibu cae en Upamecano, justo al lado del banco argentino, es como si Scaloni despertara con movimientos nerviosos. Comienza a pedir que presionen. El que está ahí es Julián, que cumple las órdenes como hace siempre. Parece un autómatas en el asunto pero sigue siendo un niño incansable. Lo apura a Upamecano, que la tira larga y sin destino. La pelota va hacia Molina.

Lo que sigue es una secuencia de veintidós segundos.

Molina no la revienta, no la tira a cualquier parte, se la pasa a Alexis, que está jugando en un modo total, completamente encendido, y que a un toque se la da a Messi, que será el único jugador que la toque dos veces, control y apertura a Julián, que ve el pique de Alexis. Y acá la maravilla es cómo se desliza la pelota cuando la toca Alexis, es un efecto que hipnotiza porque ade-

más es perfecto, va dando vueltas sobre sí misma hasta llegarle a los pies a Di María, que también resuelve esta cuestión a un toque, por encima de Lloris. Ya cuando Alexis dio su pase, los gritos de asombro comenzaron a escucharse en el Lusail. Solo que Di María completó el griterío. Un gol así y en una final del mundo. Algo ahí se debe haber reavivado para Fideo, la final que se perdió en Brasil 2014, las finales perdidas en Copa América, las lesiones, las críticas que soportó. Y con todo eso puede decir que es un jugador de finales, de lo que ocurrió en 2021, de Wembley, de esta noche en Qatar. Di María hace su corazón con las manos y llora, las pantallas lo muestran y el llanto se contagia.

Se vieron ahí todas las caras de la Argentina, los treinta y un pases antes del penal para el gol de Messi, la transición rápida para el segundo. En los dos, Di María por izquierda. Y siempre hay un lugar donde todo comienza. Ese lugar fue de Molina, que decidió el primer pase sin desesperarse. Decidió que algo empezara y no que algo terminara. No fue casualidad, fue una determinación, la que a sus 24 años lo hizo jugar un Mundial de sueños. Nacido en Embalse, Córdoba, formado en Boca, tuvo un paso por lo que Barcelona había armado en La Candela, el predio de San Justo, en la provincia de

Buenos Aires. Llegó a viajar para probarse en las inferiores del club catalán, pero volvió a Boca, que después de algunos partidos lo cedió a préstamo a Defensa y Justicia. Es el camino de todo futbolista con persistencia. Pasó por Rosario Central y cuando volvió a Boca quedó libre. Pero su camino seguiría en Udinese y Atlético de Madrid. Con esas ganas se ganó el lugar en la selección, primero para la Copa América 2021, después para Qatar 2022. Pero el momento es de Di María, que llora y que un rato después, como si fuera poco, le tira un caño a Kounde, que le tiene que hacer falta.

Bienvenidos y bienvenidas a un baile. Un baile en una final de Mundial. Los que en ese momento se miraban para preguntarse si era cierto lo que estaba pasando buscaban en los recuerdos, en los archivos de You Tube, y lo único que aparecía era México 70, Brasil contra Italia, la exhibición de un equipo, la exhibición de Pelé. Si a alguien eso le parecía una exageración, había que ver el partido porque con el 2-0 la Argentina todavía seguía en su juego. Deschamps, que charlaba con impotencia con su colaborador, puso la dimensión de todo. Hizo dos cambios a los 40 minutos del primer tiempo. Sacó a Giroud y Dembelé y puso a Marcus Thuram, 25 años, y Randal Kolo Muani, de 24.

Pero aunque el árbitro polaco diera siete minutos de tiempo adicionado, algo que no se esperaba por lo que habían sido las acciones, nada iba a cambiar. El partido seguiría por el mismo lugar, por el lugar en donde mandaban las camisetas celestes y blancas. Ahí hubo un punto. La Argentina quiso jugar con ese uniforme. Lo había hecho en todos los partidos, excepto contra Polonia, donde usó por única vez la camiseta violeta que le había provisto Adidas, la marca que viste a la selección. Primero resistida, luego aceptada con naturalidad y también demandada, la camiseta violeta representó, según la empresa, la igualdad de género. Acto de marketing, lo que sea, pero no era poco usarla en Qatar. Las tres tiras, además, tenían los colores del arcoíris. Pero los jugadores querían la celeste y blanca para la final. También ahí se ponían sobre la mesa asuntos de la superstición. Las últimas dos finales se habían disputado con camiseta azul, contra Alemania en Italia 90 y Brasil 2014. Además, el equipo quería utilizar pantalones blancos, algo que ya venía desde los cuartos de final contra Países Bajos. Había una historia que se remontaba a Brasilia, de cuando la Argentina le ganó a Bélgica por los cuartos de final en 2014, la vez en la que Alejandro Sabella había dicho que el partido era como cruzar el Rubicón. Hasta ese

momento, desde 1990, la selección no había pasado esa instancia. Aquella tarde, en el Mané Garrincha, gol de Gonzalo Higuaín, el equipo había usado pantalones blancos. También en Qatar contra Países Bajos y Croacia. En las reuniones técnicas, Francia lo rechazó. Ellos también querían pantalones blancos. Hubo una discusión. Los jugadores argentinos insistieron. La AFA se impuso. Por eso ahora en el Lusail la Argentina está con su camiseta tradicional y con los pantalones blancos.

Hay un momento del segundo tiempo, habrá sido a los cincuenta y siete minutos de partido, que Enzo le roba una pelota a Mbappé y se la toquetean con De Paul y Messi tan bien que Mbappé termina haciendo falta. Es descomunal. La Argentina sale a jugar con la misma convicción, sin cambios. Di María se la esconde por enésima vez al pobre de Koundé, tira el centro, De Paul la deja pasar y Messi le pega mordido. Nada podía hacer pensar en una catástrofe. Todo lo contrario. A los sesenta minutos, cuando Huevo Acuña ya se preparaba, Scaloni le avisa a Fideo que lo iba a sacar. «Hago un gol más y salgo», le dice al entrenador. Como los chicos que no quieren salir de la piletta, que no quieren dejar de jugar. Scaloni le hace caso un rato. Pero lo saca tres minutos después. Se lo iba a reprochar luego

del partido, se reprocharán otras decisiones, pero hay que decir que nada de lo que el equipo ha cambiado pone en riesgo el partido. Nada hace presagiar un problema. Alexis sigue jugando entre líneas, sigue con Messi, Acuña presiona bien arriba. Deschamps en un momento manda a la cancha a Coman y Camavinga.

Así y todo no hay indicios de lo que sucedería un rato después. De Paul sigue robando pelotas. Alexis y Messi se encuentran. Enzo le pega a colocar, la saca Lloris. Ya se sabe lo de Enzo, lo de Julián, pero ahí está Alexis, hijo de Carlos Javier Mac Allister, que además de Argentinos Juniors, Boca y Racing también jugó en la selección. El padre de Alexis fue parte del equipo que superó el repechaje con Australia en 1993. Francis y Kevin, sus hermanos, también juegan al fútbol. Después de Argentinos, Alexis tuvo un tiempo en Boca, llegó a préstamo, pero enseguida se fue al Brighton de la Premier League. Fue de a poco que encontró su lugar en la selección. Había sido convocado para los partidos de eliminatorias de enero y febrero de 2022, contra Chile y Colombia, pero dio positivo de Covid-19. Sin embargo, en marzo tendría la revancha. Dos grandes partidos, contra Venezuela en la Bombonera y Ecuador en Guayaquil, le abrieron las puertas. Scaloni buscaba alternativas en el medio. Estaba

él, estaba Enzo, estaba Exequiel Palacios. Pero se adueñó de su lugar con la caída de Lo Celso y después de la derrota con Arabia Saudita. Jugó cada partido con un nivel enorme, el hombre de las entre líneas. Con esa historia, haciéndose cargo de lo que le corresponde, juega una final del mundo y sin ninguna complejidad.

Por eso, no pasa nada. Revisar los cambios de Scaloni a esta altura es injusto. Él mismo los piensa, él mismo se los reprocha, pero lo que desata el vendaval de Francia no tiene demasiado que ver con esas decisiones. Un rato antes De Paul roba una pelota con absoluto desparpajo, teniendo el comando del partido. Y todo fluye, es el *ole, ole, ole* que se escucha en el Lusail. Y es un momento, una escapada, Kolo Muani le gana a Otamendi y hay penal. Ya lo vimos todo, ya vimos el horror, sentimos el silencio del estadio, la crueldad implacable del fútbol. Porque además Mbappé hace el segundo. Y porque lo que seguiría a esos minutos fatales sería todavía de mayor angustia. Todo ese tiempo que pasaría sería de sufrimiento, de un partido diferente al que se había planteado. Francia juega con cuatro arriba: Coma, Kolo Muani, Thuram y Mbappé. Es otra postura. En algún momento que Dibu tapa un centro y Cuti Romero se la acerca con la rodilla. Los franceses corren todo y cada

avance es una escena de terror. Porque todavía faltan algunos minutos, ya es un partido para la historia. Messi dispara desde afuera y se la saca Lloris.

Todo se va de las manos, queda recomponerse en el tiempo suplementario. Lo que había sido perfecto se convierte, de pronto, en el desafío de otro partido. Ahora no hay sorpresas. Scaloni solo les dice a los jugadores que lo pueden ganar. Hacía varios días que el DT estaba tomado por lo emocional, incluso lloraba cuando hablaba, pero a los jugadores les dice ahora que salgan convencidos de su juego. Como había ocurrido con Países Bajos, otra vez se encuentran en la situación de jugar lo que sigue con el rival agrandado, empujado por la suelta de energía que supone levantar un partido que tenía total y por completo perdido. La Argentina le había dado un baile a Francia, ¿cómo se explica a esta hora que tuviera entonces que ir a una alargue?

Los pensamientos sobre el Azteca, la posibilidad de que al final se ganara, no tienen lugar. Gonzalo Montiel va a la cancha por Molina. También irán Lautaro y Paredes por Julián y De Paul. Y ahí hay algo, pero ese algo no sucede. La pierde Lautaro, a Montiel se la saca Varane. En el entretiempo, Marito el utilero reparte el agua entre los jugadores. Algunos toman por costum-

bre. Empieza el segundo tiempo. Vienen quizá los minutos más extraordinarios de la historia de los Mundiales. Viene el instante en el que Lautaro la baja, arma una pared con Messi, Lautaro le pega con todo a Lloris y en el rebote Messi la mete. El gol se grita con incertidumbre, vuelve a la vida el *offside* automático, pero Lautaro está habilitado. Messi pregunta si fue, si fue gol, se lo pregunta a Di María, que se acerca a festejar. Entonces se grita otra vez, el 3-2, la historia con Alemania en el Azteca. Cuando el árbitro lo confirma, Messi lo grita otra vez y el estadio con él. Messi arenga a todos, a la tribuna, Enzo se acerca y no lo abraza, lo pechea. «Animal», le dice.

¿Cuánto queda? Nada, doce minutos, todo. Queda que en una presión sobre el área francesa vaya Huevo Acuña y cuando la pelota se vaya afuera uno de los suplentes, Dybala, la tire bien lejos afuera. Es una escena que se vio en el Lusail pero que vista ahora vuelve a la teoría conspirativa del viajero en el tiempo. Un rato después, Dybala la va a tirar lejos otra vez y todavía no entró al partido, pero en unos minutos lo va a hacer. Todavía queda algo. A falta de cinco minutos para que se termine el alargue, cuando nadie pensaba que habría una frustración más, la habría. Una mano de Montiel en el área. Penal. Mbappé mira a todos a los costados, al árbitro

polaco, a los compañeros, a la tribuna, a cualquier lado, pero nunca mira a Dibu Martínez. Se la cruza a su derecha sin mirarlo jamás. Otra vez el empate, esa pesadilla.

Montiel queda aturdido por la jugada. La Argentina queda así. Mbappé insiste, tira un centro en el que Kolo Muani pasa de largo. El partido se convierte en *Rumble in the Jungle*. De Ali-Foreman a Messi-Mbappé, Francia-Argentina. Todo sucede en un palo y palo. No es un partido roto, es un partido en juego. Un partido en el que los dos quieren ganar, que es abierto y que electriza al Lusail. Quizá nunca se haya visto algo así, quizá sí, quizá solo sean los nervios, pero cuando todo pase será difícil encontrar algo igual. Pensemos en Messi en ese momento. ¿Cómo es posible haberlo intentado tantas veces, tenerlo entre las manos, y que se esfume? Ya se sabe que es fútbol, pero acá parece haber algo más. Son los veinte segundos que se juegan antes del final.

En esos veinte segundos, Ibrahima Konaté, que había entrado unos minutos antes, lanza una pelota hacia el área argentina. Toda pelota hacia el área argentina se sufre sin miramientos. Pero esta se podía transformar en una daga. Es cuando cae frente a Kolo Muani. Ahí mismo no hay tiempo de respirar porque Kolo Muani, que había entrado en el primer tiempo del partido,



revienta la pelota contra Dibu Martínez, que de pronto mide diez metros, que de pronto se hace más grande de lo que parece, aunque lo único que se interpone entre la tristeza y el alivio es un botín. Dibu pone todo su cuerpo, abre sus brazos, se convierte en un pavo real en defensa de su territorio. Aunque solo alcanza con su botín, con sus taponés, para que la pelota salga directo a la cabeza de Cuti Romero, que es el que la saca de la zona de peligro.

Es la imagen de un Mundial de mil imágenes. Recuerda a cuando Martín Tocalli, el entrenador de arqueros, gritó contra Australia que debía tener una así y la tuvo. Ahora tuvo una más. Es la paralización del pulso de millones, como en ese partido y como en otros. Después de eso no había más. O sí porque en veinte segundos, que es la secuencia mundialista de la historia, Lautaro tiene un cabezazo después de un centro de Montiel que se va lejos del arco de Lloris. ¿Y era la última? Tampoco era la última porque Francia ataca otra vez, ataque Mbappé, se mete en el área, lo pasa a Cuti y Paredes, y cuando Enzo molesta, le empasta el avance, aparece el viajero en el tiempo, o sea Dybala, y la tira lejos.

Ahora sí, respiremos un rato. Hasta los penales.

En los penales está Dibu, ya lo sabemos. Pero son los penales y Mbappé hace el primero —otra

vez— aunque Dibu se la toque. Todo ocurre otra vez en el arco donde están los hinchas argentinos. Dibu todavía tiene en la cabeza la bandera celeste y blanca, la tiene a un costado, a su izquierda. La tenía así desde el partido de octavos de final contra Australia, una apuesta que le había hecho a Pezzella, Huevo Acuña y Guido Rodríguez. No entra más sufrimiento en el cuerpo argentino. Messi resuelve el suyo con una tranquilidad que no se condice con el momento, otra vez le gana la disputa mental a Lloris, que aunque intente volverse hacia donde la tiró el genio no va a llegar.

Dibu le ataja el penal a Coman con la cara y le come la cabeza a Tchouaméni, que la tira afuera. Dibu baila. ¿Por qué hay que sufrir más? Va Dybala. Dybala tenía pensado patear a uno de los costados, pero se acordó de lo que había dicho Dibu. Así que el cordobés cambia a último momento. Cuando llega a la pelota, recuerda el consejo del arquero argentino, que les repetía a muchos que cuando la quisieran asegurar la tiraran al medio. Dybala le hace caso y vence a Lloris, que se tira a su izquierda. Paredes le pega fuerte al suyo. Al Dibu le sacan amarilla por hablarle a Kolo Muani. «Te la saqué con el botín», le dice. «Te estuve viendo, te conozco», le insiste. Kolo Muani igual lo hace. El cuarto le queda a Montiel, es el penal del campeonato del mundo.